

Lo de la usura: lo único nuevo es que la Iglesia la identifica

por Gregorio SELSER

Desde que en la novela finisecular *La Bolsa*, Julián Martel identificara —siguiendo con el estereotipo antisemita que a pocos años ratificarían *Los protocolos de los sabios de Sion*— a los judíos con la usura, la ultraderecha católica y nacionalista cultivó la veta que en las décadas siguientes un notorio nazi desarrollaría en dos novelas, *Oro y Kahal*. Gustavo Martínez Zuviria, alias Hugo Wast, procreó más engendros detestables de esta factura que hijos, y eso que contabilizó una docena de descendientes.

El estereotipo del judío de nariz ganchuda, dedos como garfios y rostro rapaz se trasladó de la Alemania nazi de los años 30s. a las publicaciones como *Clarín* y *Crisol*, que en Buenos Aires simplemente traducían del alemán la basura de *Der Stürmer* y otras creaciones del "filósofo" Alfred Rosenberg. Pero ni con la derrota del Eje desaparecieron su propaganda y sus clichés. Al menos no en Argentina, donde centenares de criminales de guerra alemanes y de otros países de Europa Central encontraron refugio. De ahí que no resultara demasiado extraño que en las publicaciones de los "nacionalistas" tradicionales —que en la Argentina continúan identificados con la derecha oligárquica e integrista—, las actividades de préstamo con usura y otras del mismo jaez ligadas al aparato financiero del capitalismo continuaran siendo caracterizadas como monopolios de los judíos.

EL MODELO CATOLICO DE SHYLOCK

Para cualquier analista del fenómeno financiero e industrial que se produjo en la Argentina de la segunda posguerra, los juegos malabares con la Bolsa revelaban que los apellidos de clara identificación judía o de dudosa filiación centroeuropea eran mínimos en comparación con los de ilustre prosapia hispana o de la menos relevante procedencia itálica. De hecho, el ingreso al campo de la industria y las finanzas de la capa tradicional agropecuaria creó una nueva clase media que no desdeñó mixturarse con la patricia que para Sarmiento seguía teniendo el mismo olor a bosta en el siglo XIX que en el XVIII. Y como el dinero no tiene olor ni sabor tratándose de lucro, las faenas y menesteres característicos del capitalismo envolvieron para bien y para mal a apellidos que habrían provocado el asombro de Martel y de Wast. Dicho de otro modo, cuando en tiempos del presidente Arturo Frondizi estallaron los primeros escándalos de latrocinios, fraudes, y estafas que en el tango "Cambalache" Enrique Santos Discépolo había sintetizado en el estafador francés Alexander Stavisky, había por lo menos igual cantidad de apellidos judíos como de gentiles. Una nueva evidencia de que el quebrantamiento de la ley y de la moral capitalista no se ciñe a etnias ni nacionalidades específicas. Y mucho menos aún, de tipo religioso, porque en la volteada de esos años cayó como fraudulento el Banco Comercial de La Plata, cuyas acciones eran mayoritariamente de propiedad del Episcopado local y de su figura más egregia, el obispo Antonio Plaza (hoy arzobispo).

Las públicas preconciarias del "nacionalismo" oligárquico hicieron milagros de astucia para hacer resaltar a los culpables con apellidos "raros", y en silenciar a los de origen patricio. El juego de la usura ya no era patrimonio de los Shylock y el tipo de *El Mercader de Venecia* se había trascontinentalizado hasta la muy cristiana Santa María de los Buenos Aires y sus alrededores.

USURA MODELO MARTINEZ DE HOZ

Cuando la Asamblea Plenaria del Episcopado

Argentino escuchó el 10 de noviembre pasado, las exposiciones de cuatro conocidos economistas católicos —Raúl P. Beranguer, ministro de Economía de la Provincia de Buenos Aires; Cayetano Licciardo, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; Antonio Gafiero, ex ministro de Economía de la Nación; y Alberto Petrocolla, profesor de la Universidad Católica Argentina—, centradas en lo que un vocero de los obispos mencionó como "distorsiones sociales provocadas por un esquema que parece favorecer la especulación en desmedro de la producción y sus negativas repercusiones en la vida de la persona humana y en una auténtica concepción cristiana de la sociedad", nadie dudó de que la referencia apuntaba, según lo indicó *La Prensa*, a "un juicio moral sobre el uso del dinero y sobre la usura como fenómeno vigente en la Argentina". (1)

"Hemos hablado de la naturaleza moral de los problemas económicos que hoy nos afligen, lo económico no es separable de lo moral" —dijo Gafiero a los periodistas; Petrocolla añadió: "Hemos hablado de los problemas que hoy plantea la alta tasa de interés con sus consecuencias éticas y su repercusión sobre la producción y sobre los niveles de ocupación"; y completó Licciardo: "La raíz del problema económico está en pretender su apartamiento del respeto por la norma moral. La economía es vida y la vida implica una escala de valores al servicio del hombre, que debe ser respetada".

Todas las alusiones —por otra parte técnicas y suavizadas— aluden al modelo de usura como sistema económico nacional implantado desde la cumbre del poder por el ex ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz. Ese modelo es el que ha estallado en el rostro de los militares y toda su corte de serviles y ha hecho entrar en vertiginosa crisis —de tal naturaleza como jamás antes se registró en la historia argentina— al aparato económico-financiero del país, con ribetes de catástrofe total y difícilmente reparable.

La Conferencia Episcopal Argentina, al cabo de una semana de deliberaciones, acaba de producir un documento denominado "Reconstrucción Nacional y Orden Moral", en el cual, entre otras cosas, se lee que "los grandes males que presenta la economía argentina", tales como "la inflación, falta de productividad, desempleo, especulación y usura, por ser obra del hombre tiene su raíz en el pecado y por tanto, su solución no será posible sin una conversión moral". También se refiere a las dificultades "cada vez mayores a las que se enfrenta el pueblo para satisfacer sus necesidades" y exhorta al restablecimiento de "principios éticos como forma de enfrentar la delicada crisis económica", así como a realizar un "sincero examen de conciencia sobre el comportamiento moral de las personas y los grupos sociales".

Los obispos, que en cinco años y medio produjeron apenas dos o tres documentos de censura directa al régimen militar y al modelo económico que éste hizo posible mediante el terrorismo de Estado, no emplean, como se sabe, el lenguaje de los políticos profesionales que tanto disgusta a las fuerzas armadas. Pero su verbo untuoso y envaseado no deja lugar a dudas sobre lo que la jerarquía eclesial percibe sobre el grado de una descomposición cuyas pústulas corroen todos los estratos de la sociedad.

1) "Temas económicos: la usura y sus consecuencias analizan los obispos", en *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de noviembre de 1981, p. 9.